

to á donde se reconcentran todos los dogmas relativos á la humanidad; venimos luego al dogma de la unidad y de la sociedad del género humano, hecho el hombre, uno y vario, á semejanza de su Criador: uno en la naturaleza, vario en la diversidad de las personas; y discurrendo luego del dogma de la reconcentraci6n de toda la naturaleza humana en el primer hombre, y de la dilataci6n del primer hombre en todo el género humano, ayudados luego con el dogma de la libertad humana y apoyándonos en la tradici6n de todas las generaci6nes, sorprendemos al padre del linaje humano en su prevaricaci6n primitiva, y desde allí descubrimos luego el dogma de la solidaridada humana, que es la clave para descifrar todos los enigmas sociales; la luz para penetrar esos profundos arcanos que las sociedades presentan en sus arrebatadas y misteriosas ondulaciones.

El primer hombre, sin embargo de haber sido creado un individuo, fué creado tambien, no solo para la sociedad, sino que su propia naturaleza era la sociedad misma. Adán, por lo que su naturaleza tenia de vario, contenia en sí mismo á toda la humanidad; y la humanidad, es decir, todo el género humano, es una en su sustancia y en su naturaleza, por cuanto esta fué contenida en el primer hombre. De suerte, que cuando Adán cayó en el pecado, no solo hizo degenerar su naturaleza individual, sino la naturaleza humana, la naturaleza de la especie que contenia, la naturaleza de toda la sociedad que representaba en su individuo. Siendo este dogma de la corrupci6n general en Adán y de la trasmisi6n de la culpa por medio de la generaci6n, el que más perfectamente atestiguado se halla por la creencia general de todos los pueblos, que se han ido sucediendo en toda la prolongaci6n de los tiempos.

De la hilacion que entre sí tienen estos dogmas, se de-

duce como una natural consecuencia, esta verdad incontestable: que cada hombre tiene como individuo, una responsabilidad que le es propia y personal; y como miembro de la especie, una responsabilidad comun á todos los hombres, cuya naturaleza está identificada en la unidad. A esta responsabilidad comun que todos los hombres tenemos, no por los pecados propios, sino por las culpas de la naturaleza que es comun á todos, es precisamente á lo que se llama solidaridada.

Pero esta ley de la solidaridada, viene de tal manera adherida á la humanidad, que no solo está el hombre sujeto á ella en la asociaci6n con el género humano, sino que, cuantas veces entra el hombre en sociedad, otras tantas cae bajo el imperio de esta ley inevitable. El hombre queda sujeto á la solidaridada doméstica, por ser miembro de una familia; de la solidaridada civil, como ciudadano; y de la solidaridada nacional, como miembro de una naci6n. El pueblo judío, por esta ley inevitable, reportó el castigo de su deicidio; aunque no todos sus individuos sentenciaron al Hijo de Dios, ni todos gritaron con aquel clamor insensato *Tolle, Tolle, crucifige eum*. Los habitantes de Cartago, fueron aplastados todos bajo el peso de las legiones de Scipion el Africano porque eran solidarios de los insultos hechos á los romanos; aunque no todos habian escupido al rostro del pueblo rey, ni conculcado sus glorias como Anibal. Los nobles españoles en la época que gobernaban los descendientes de los godos, sufrieron por ocho siglos la pesada mano del poder musulman, por haber sido hechos solidarios de la conducta licenciosa del rey D. Rodrigo y de la afrenta con que este monarca manchó la frente pura de la Caba, la cual él pagó personalmente con su famosa derrota en los campos del Guadalete.

Mas, así como, y esta es una verdad bien consignada

en la historia y atestiguada por la tradición de todos los pueblos, muchas veces el Señor castiga en los hijos los pecados de ascendientes culpables, así también muchas veces perdona á una generacion culpable en atención á los méritos de algunos: y esto no es por otra razón, sino porque así como por la solidaridad reportamos todos los miembros de una asociación, la responsabilidad de los demás, así también tenemos derecho á los méritos de los otros por la reversibilidad. De aquí es, que todas las gentes han tenido siempre la fé, de que la Justicia Divina ha podido aplacarse con una víctima: y por eso todos los pueblos, aun los mas salvages, han procurado calmar á sus divinidades, llevando á sus altares víctimas inocentes, cargadas de blandos perfumes y adornadas de esquisitas flores; y nunca se han hecho estos sacrificios, sino con la fé cierta, de que son necesarios para satisfacer por las deudas de la sociedad.

Esto supuesto, si hoy preguntamos nosotros, no como individuos, sino como sociedad. «¿Maestro qué haremos para conseguir nuestro fin?» La respuesta no será otra, que la que ya está consignada en el Libro Sagrado, «Guarda los mandamientos.» Y así como el beneficio que resultara del cumplimiento de esta obligación, sería en beneficio comun de todos los asociados, así también es en daño de todos y de cada uno, la infracción de esa palabra divina, que no es solo un consejo, sino un precepto del cual necesariamente depende que la sociedad llegue al fin de prosperidad que le está reservado si es fiel en el cumplimiento de sus deberes, ó tenga una vida cargada de desventuras y un término lleno de desastres si es infiel y prevaricadora.

Y como el órden individual está comprendido en el social, es claro y evidente, que para que la sociedad cumpla con esta obligación estrechísima de guardar los manda-

mientos, se necesita en primer lugar; que se guarden individualmente por todos los miembros que la formen, y que además, cada uno de sus individuos coopere á que la misma observancia tenga la ley en todos los demás. Si llegara un tiempo en que esto se verificara, ese tiempo sería la edad de oro de las naciones, vislumbrada en la antigüedad por Platon; soñada en los tiempos modernos por los filósofos utopistas; y que solo ha podido revelar al mundo la Víctima Infinita del Calvario, porque era La Verdad hecha carne, y porque siendo Dios y teniendo el tesoro de todas las divinas perfecciones, era el Solo que podia descifrar á los hombres este enigma, enseñándoles la ciencia católica.

Si el hombre como individuo no puede alcanzar su fin andando por caminos extraños á la guarda de los mandamientos de que la Iglesia es la fiel depositaria, ménos lo puede alcanzar la sociedad, que no es cosa distinta del hombre, sino que es el hombre mismo en la unidad de su naturaleza y dilatado en la variedad de sus personas. De manera, que nada puede afirmarse del hombre que no se afirme de la sociedad; ni nada puede negarse en la sociedad que no fuera negado en el hombre. Y si en el hombre es un deber indeclinable, bajo la pena de no llegar á su término final, la observancia de la ley divina; esto mismo debe afirmarse de la sociedad, que no es otra cosa, sino la forma con que en el tiempo se reviste la sustancia del hombre.

El bello ideal de los hombres, tratándose de la perfectibilidad de la sociedad, es y con razón, la realización de estos tres principios que han traído conturbado al mundo; que son los ensueños de todas las gentes; y la esperanza de todas las naciones. El principio de la libertad; el principio de la igualdad; y el principio de la fraternidad. Siempre se ha creído, que la sociedad que llegara á estar

en la posesion práctica de estas tres verdades, habia llegado á la cima de la felicidad; y por eso en todo tiempo se les ha buscado como el sendero seguro de llegar á esa tierra de promision del bienestar de los pueblos: toda la dificultad, para llegar á despejar la incógnita de un venturoso porvenir para la sociedad, está en que todos los asociados acomoden su modo de obrar á la consecucion y la práctica de esos tres principios en el orden social.

Cuantas veces, discurriendo el hombre con extravagancia, ha creido que la humanidad no tiene desde su principio leyes fijas é invariables á las que ha de sujetar su marcha sobre la tierra y se ha levantado con el deseo insensato de querer reformar la obra de Dios, otras tantas el desgraciado linage humano ha visto eclipsarse el sol esplendente de la libertad; alejarse de sí el dorado sueño de la igualdad; y desvanecerse como un vano fantasma, el amoroso vínculo de la fraternidad. Las gentes entónces se han levantado contra las gentes: los pueblos han hecho armas contra los pueblos; y entrando en descomunal batalla las naciones contra las naciones, se ha dado al mundo el grande escándalo de querer sojuzgar á la razon por la fuerza. Entónces los hombres que anhelaban ser libres, han gemido bajo las pesadas cadenas de la servidumbre: los que soñaban ser iguales, se han visto bajo la dominacion del mas fuerte; y los que antes fueron hermanos, se han convertido en enemigos irreconciliables, inundando la tierra con irrestañables regueros de sangre, asechando el momento de sacrificarse en una guerra interminable.

Solo una revolucion, dice un escritor ilustre, se ha efectuado en toda la prolongacion de los siglos, sin emplear mas fuerza que la de la palabra y sin derramar mas sangre, que la Del que proclamó la trasformacion del mundo. ¡Revolucion admirable, que despues de una pacífica en-

señanza por el Deseado de las naciones, concluyó diciéndolo á sus discípulos. «Os he dado ejemplo para que vosotros hagais como yo he hecho.» Y diciendo esto, subió la Víctima Infinita á la cumbre del Gólgota: allí abrió las compuertas de su amor; y con su sangre divina lavó las huellas de iniquidad, que el hombre pervertido dejara en su marcha de todos los siglos sobre la tierra. Entónces fué, cuando el mundo respiró el suspirado ambiente de la libertad: solo entónces y bajo esa ley divina, no fué ya una quimera la igualdad de los hombres; y presencié el mundo el tierno espectáculo de ver hechos hermanos á todos los que llevan sobre sus frentes la insignia sagrada de la Cruz. ¡Vínculo universal para unir en una sola familia á los pueblos mas remotos de la tierra!

Todas las sociedades que comprendió en su gigantesca extension el politeismo bárbaro del mundo antiguo, lo mismo que todas las sociedades racionalistas de las edades modernas, se han postrado ante una divinidad implacable, ante un dios ciego, que los hombres han llamado la fatalidad ó el destino. En estas sociedades degradadas, á causa de haber estado velada la verdad con la negra nube de los errores, en vez de hombres libres solo ha habido rebaños de esclavos y muchedumbres envilecidas en lugar de ciudadanos iguales; solo ha tenido la sociedad poderosos que mandan con el bárbaro derecho de la fuerza y débiles que obedecen ciegamente por la degradacion; y el mundo, en lugar de ver sociedades formadas por hermanos, solo ha presenciado la division y la ruina de las mismas sociedades por feroces enemigos.

Solo la sociedad católica no ha muerto: enseñando siempre teórica y prácticamente, los tres grandes principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad, ha visto estrellar bajo sus inmóviles bases, todos los huracanes de las revoluciones humanas; y es la única que ha dado al mundo

el ejemplo de una sociedad libre, donde todos sus miembros son iguales en su calidad de hijos de esa sociedad; y eso no por otra razón, sino porque todos son verdaderamente hermanos. La sociedad católica en su imperturbable marcha ha traído siempre en su mano un estandarte de luz, y ha venido borrando las huellas y destruyendo los nefandos adoratorios de la mentida divinidad del destino, explicando á la humanidad de la manera mas cumplida, el gobierno de la Providencia Divina en el órden moral de la marcha de las sociedades, concurriendo en una accion espontánea el libre albedrío del hombre. Solo á los reflejos de esa luz pueden verse las hermosas regiones de la libertad, porque en vano suspiran las sociedades extraviadas en los errores: solo con la enseñanza de ese don celestial de la libertad humana en relación con la Providencia Divina, es como la fuerza bruta abdica su bárbaro poder en manos de la justicia, reconociéndose las reuniones de hombres libres como sociedades de personas iguales en derechos; y al llegar á este punto donde se descubren estos anchurosos horizontes, el hombre ve que no es mas de un viagero en este valle de lágrimas; y apartando su vista de la tierra, la pone en las altas y serenas regiones de la eternidad; deja de ver la felicidad en los placeres, y cuenta la dicha por los latidos que el sacrificio hace dar al corazón; y en vez de ver entónces en el hombre cargado de desgracias y cercado de tribulaciones, un ser envilecido á quien debe ver con desdeñosa mirada y oprimir con la tiranía de su injusticia, ve á una víctima del dolor á quien procura enjugar su llanto con mano compasiva, y á un hermano á quien estrecha entre sus brazos con ternura. Las obligaciones, pues, del hombre en el órden social están en procurar el desarrollo de esos tres elementos divinos, que la humanidad no poseería, si el cielo no se los hubiera reve-

lado para que llegara á su perfeccion sobre la tierra en la diversidad de sus personas, y á su perfeccion en el cielo en la unidad de su naturaleza.

Y esto no es un consejo que el hombre á su arbitrio pueda adoptar ó desechar; es un deber preciso, indeclinable, que si deja de llenarse tiene la sancion de una pena terrible para la sociedad; así como para las sociedades que la cumplan, traerá una remuneracion centuplicada.

Pues bien, hoy que por todas partes se levantan densos nublados para velar el sereno y apacible rostro de la verdad; cuando de todos lados se desprenden silvidos de desprecio y risas de burla para escarnecer á la justicia; cuando en lugar de esa fraternidad que debia unirnos en una sola familia se ve el ódio y el rencor en unos, los deseos de la venganza en otros, la indiferencia en muchos y el egoismo en los mas; cuando por donde quiera hierve el furor de las pasiones; cuando sin miramiento alguno se conculca no solo lo que hay de mas sagrado en la tierra sino cuanto es mas venerable en el cielo; cuando la sociedad se desquicia por todos sus ángulos; cuando camina sin brújula y sin piloto como una débil barca arrebatada por las olas embravecidas de una tempestad desecha, no hay otro remedio, que buscar en la doctrina católica la tabla de salvacion en el naufragio que nos amenaza; la luz, que rasgue y atraviese las negras sombras de los errores; que como un crespon funerario se extienden sobre esta sociedad desgraciada; el grano saludable de las obras, que vigorice á este pueblo por tantos años ya, agobiado de desventuras sin cuento.

Pero porque la sociedad es solidaria en la responsabilidad de todos sus miembros; y porque á todos sus miembros les son reversibles los méritos de cada uno de ellos, no debe el individuo encastillarse en un egoismo